

SONETOS DE SHAKESPEARE

SEGUNDA SERIE

XVII

Si tu esplendor sublime, reflejaran mis cantos
En el tiempo futuro ¿quién crédito les diera?
Son, sabe Dios, la tumba que encierra tus encantos,
Mas de tu ser no muestran ni una parte siquiera.

Si describir pudiese tu mirada fulgente
Y reflejar en cifras toda tu gracia pura,
El porvenir diría: "ese poeta miente,
No existen tales dones en terrenal figura".

Cual cháchara de viejo, de mofa servirían
Mis páginas que el tiempo vistiera de amarillo;
A mis loas poético arranque juzgarían,
O de antiguas canciones, el gastado estribillo.
Mas si un hijo en tal tiempo tuvieras, dos emblemas
De tu ser perduraran: tu hijo y mis poemas.

XVII

XVIII

¿Habré de compararte con un día de estío?
Tú posees, sin duda, un calor más amable:
Los botones de marzo los quema el cierzo frío
Y el estival aliento es bien poco durable.

De vez en vez, el ojo del cielo resplandece
Y a menudo se anubla su complexión de oro
Y con frecuencia todo lo hermoso decae
Por fatal accidente o natural desdoro.

Pero tu eterno estío no ha de ser humillado
Ni podrá despojársele de tu gracia suprema,
Ni ha de decir la muerte que a su sombra has vagado
Si crecieras viviendo en inmortal poema.
Mientras los ojos vean, mientras el hombre aliente,
Existirás por obra de tal fuerza viviente.

XIX

¡Oh tiempo! haz que las garras del león se adormezcan
Y que la propia tierra extermine sus crías,
Que en las fauces del tigre, los dientes ya no crezcan
Y arda en su sangre el fénix acabando sus días;

Haz a las estaciones placenteras o tristes,
Tiempo de pies ligeros, gobierna a tu albedrío
De este mundo tan grande, los efímeros dones
¡Pero yo te prohibo el crimen más sombrío!

¡Que no marquen tus horas de mi dueño la frente,
Ni líneas trace en ella tu lápiz con presteza,
Que tu curso no manche su imagen esplendente
Y pueda en otros seres modelar su belleza!
Mas sigue, viejo tiempo, tus móviles perversos,
Que ha de vivir mi dueño, joven siempre, en mis versos.

XX

Faz de mujer te diera, de Natura la mano,
A ti, señor a un tiempo y de mi amor señora,
Y un corazón amante de mujer, mas no vano
Como el que guarda tanta mujer engañadora.

Menos falso que el suyo es tu mirar de cielo,
Que dora todo objeto en que se posa, y eres
Un hombre por las formas, mas de formas modelo,
Que enajena a los hombres y arroba a las mujeres.

Y fuiste en un principio como mujer creado,
Mas te dotó cual hombre después Naturaleza,
Y al dejarme con ello por siempre defraudado,
No le agregó una nota tan sólo a tu belleza;
Y pues te ha destinado a las mujeres, fío
En que habrán sólo el goce de un tesoro que es mío.

XXI

No es, pues, mía la loa: es de esta amable musa
Que pinta la belleza que a tus versos inflama,
Quien hasta el cielo mismo por ornamento usa
Y con todo lo bello adorna al ser que ama.

Que pinta en una y otra comparación capciosa
La luna, el sol, las gemas del mar y de la tierra,
De abril los verdes brotes y toda rara cosa
Que el aire de los cielos en su extensión encierra.

¡Oh! Yo en amor sincero, diré sinceramente
Y creed, de belleza es mi amor un tesoro
Cual criatura alguna, aunque no tan fulgente
Como son en el cielo las antorchas de oro.
Que otros, más digan; sólo digo yo lo que siento:
No he de encomiar ahora lo que vender no intento.

XXII

No me hará ver mi espejo que al cabo he envejecido,
Mientras tú y Juventud se hermanen de tal suerte;
Mas cuando en ti los surcos del tiempo haya advertido
Converdré en que mis días está espiondo la muerte.

Pues tu belleza toda un ropaje te ha hecho
Que es de mi corazón la propia vestidura.
Y si él vive en tu pecho, como el tuyo en mi pecho,
¿Serán más que los tuyos mis años, por ventura?

Sé por ello, amor mío, de ti bien cuidadoso,
Cual por ti, no por mí, yo he de ser vigilante;
Tu corazón yo llevo: lo guardaré amoroso
Como tierna nodriza que cuidara a su infante.
No quiero recobrarlo cuando el mío he perdido:
Me pertenece el tuyo, pues que dado me ha sido.

XXIII

Como un actor mediocre que se mueve en escena
Y su parte recita con una voz temblona,
O aquel que en su arrebato su pasión no refrena
Y a quien, por ello mismo, su corazón traiciona,

Por falta de confianza en mí mismo, he olvidado
Del amor los preceptos que valen como un rito,
Y aun parece que hubiera mi pasión declinado
Aunque de pasión guardo un caudal infinito.

¡Oh! que tengan siquiera mis ojos elocuencia
Para ser los intérpretes de mi pecho vibrante,
Que en el Amor se abrasa y espera en su vehemencia
Más de lo que mi labio te dijera anhelante.
¡Oh! lee lo que expresa este amor silencioso,
Que escuchar con los ojos es don de amor precioso.

XXIV

Cual un pintor, mis ojos tu belleza han trazado:
Mi corazón, del cuadro es como tela viva
Y con mi cuerpo todo un marco le he formado
A esa obra maestra de arte y perspectiva.

A través de mis ojos se contempla esplendente
El sitial de tu imagen y tus gracias galanas:
El taller de mi pecho te exhibe allí pendiente
Y de él tus bellos ojos son vidriadas ventanas.

Y tal lo que los ojos por los ojos han hecho:
Los míos te han pintado, y los tuyos en tanto
Son abiertas ventanas para mi amante pecho
A la que el sol se asoma por verte con encanto.
Mas no tienen mis ojos gracia alguna ni arte;
Tu corazón ignoran; sólo saben mirarte.

XXV

Que se jacten aquéllos que títulos y honores
Por gracia de su buena estrella han alcanzado;
Mientras yo, a quien Fortuna negara sus favores,
En el goce me honro de un bien inesperado.

Son de los grandes príncipes siempre los favoritos,
Cual girasol que el astro rige en su trayectoria,
Y han de enterrar su orgullo dentro de sí, contritos,
Pues por un gesto mueren en medio de su gloria.

El guerrero esforzado que al fin de mil hazañas
Quizá una vez tan sólo fracasa y sin desdoro,
Ve olvidadas por siempre sus valientes campañas
Y su nombre borrado del gran libro de oro.
Feliz, pues, yo que amo y soy también amado
Por quien me da la vida, por quien la vida he dado.

XXVI

ENVÍO

Señor, a quien me unen tan excelsos favores
Con fuerza tal que obligan todo mi vasallaje,
Estos versos te envío: son mis embajadores
Que no llevan mi ingenio, sino mi alto homenaje;
Homenaje tan grande, al cual mi pobre ingenio
Quizá lo muestre mísero, pues le falta elocuencia,
Mas pienso que del fondo de tu alma, tu genio
Me otorgará una dulce palabra de indulgencia.

Hasta que la alta estrella que mi destino guía
Ilumine mi vida con sus rayos propicios
Y revista de gracia mi amante pleitesía,
Haciéndome así digno de tus dulces auspicios,
No he de hablar de este puro amor que a mi alma mueve,
Ni me expondré a que juzgues mis dotes sin relieve.

M. DE VEDIA Y MITRE.

En el Nº 69 de VERBUM se publicó la primera serie de traducciones de los sonetos de Shakespeare, acompañada de la siguiente nota, que es oportuno reproducir:

Entre las más destacadas obras del gran dramaturgo y poeta inglés figurará siempre su colección de 154 sonetos. El verdadero carácter de esos sonetos, su exacto sentido y hasta la intención misma que animó al autor

en muchos de ellos, constituyen otros tantos enigmas. Es copiosa la bibliografía que existe y que se ha inspirado en el propósito de descifrar tales enigmas. Gerard Massey, Malone, Strauden, el marqués de Dos Hermanas, Francisco María Víctor Hugo, Oscar Wilde, Lucifero Darchini, Sir Denys Bray, Abel Doysié, George Brandes, Sir Sidney Lee, G. de Lorenzo, St Butler, Tucker, Arthur Acheson, Frank Harris, Friedrich Theodor Dilcher, H. T. S. Forrest — enumerados así, en tropel — y muchos más, han tratado el interesante tema, intentando arrojar un poco de luz en el misterio. Aumentó aún este misterio el primitivo editor de los sonetos, Thomas Thorpe, quien dedicó la publicación en estos términos: "Al único inspirador de estos sonetos, el señor W. H., a quien toda felicidad, y la eternidad que le prometía nuestro poeta inmortal, le desea el voto más sincero de quien aventura esta publicación". ¿Quién era Mr. W. H.?

Hace algún tiempo se publicó un estudio del erudito escritor Fitzmaurice-Kelly en que rozaba algunas de esas cuestiones que los sonetos sugieren, estudio especialmente destinado a sacar deducciones sobre Mary Fytton, dama de honor de la reina Isabel y persona de la intimidad del conde de Penbroke, William Herbert, cuyas iniciales coinciden con las de la dedicatoria del editor Thorpe. Algunos escritores han considerado por ello que muchos de los sonetos fueron escritos para el conde y respecto a Mary Fytton. Como el mencionado estudio lo consigna, tal hipótesis está hace mucho tiempo abandonada, y la mayoría entre los que han estudiado los sonetos, se inclina a considerar que las iniciales de la dedicatoria están invertidas y corresponden así al conde de Southampton, amigo íntimo y protector del poeta, y que una gran parte de los sonetos se hallan inspirados por Isabel Vernon, a quien el conde amaba y también Shakespeare.

Pero como antes decimos, no sólo lo que respecta a la persona que inspiró tan hermosa serie de poesías parece obscuro y misterioso.

Es evidente que el orden de los sonetos no es el que corresponde a su sentido, ni aun a los mismos asuntos que tratan. El editor cambió caprichosamente el orden que correspondía y que en principio le dió el autor, pero no sin responder a un propósito, el de que no quedara perfectamente en claro la existencia de un verdadero poema, en el cual los sonetos tuvieran un sentido preciso. Muchas razones militaban para ello, especialmente de carácter político, pues el conde de Southampton había sido objeto de persecuciones por el gobierno de Isabel, quien llegó a encarcelarlo en la Torre de Londres; ello sea dicho en el concepto de aceptar como exacto que a él corresponda la misteriosa dedicatoria de que antes se ha hecho mención. Por lo demás, el soneto que lleva en la edición inglesa el número 26, es indiscutiblemente una dedicatoria del autor (¿a Mr. W. H.?) y por lo tanto debió encabezar la serie. Shakespeare usa, además, y con mucha frecuencia, en todo el poema, expresiones ambiguas que aumentan las dificultades para la inteligencia del mismo. En este sentido, toda traducción es de por sí una tentativa de interpretación.

Como lo ha dicho Víctor Hugo en la introducción a la versión francesa de los sonetos, de su hijo Francisco María: "Shakespeare est un des

Henry
Winsted

poètes qui se defendent le plus contre le traducteur. La vieille violence faite a Protée symbolise l'effort des traducteurs. Saisir le génie, rude besogne, Shakespeare échappe: il faut le poursuivre. Il échappe par l'idée, il échappe par l'expression."

El autor de esta traducción, nada de esto lo ha echado en olvido. Ha traducido los sonetos conservando por lo demás, fielmente, la combinación estrófica de Shakespeare. Sus sonetos no tienen la arquitectura de los de Petrarca consistentes en dos cuartetos en forma de redondillas, con rima repetida en ambas y dos tercetos finales. Sus sonetos constan de tres cuartetos de rima alterna perfecta, con dos versos pareados al final que resumen toda la idea de la composición. El título de *primera serie*, a los que ahora se publican, se halla justificado en primer término porque su numeración es corrida en el original, y además, porque a diferencia de lo que ocurre en el conjunto, estos diez y seis sonetos guardan tal correlación entre sí, que constituyen el desarrollo de un mismo pensamiento. La mayoría de los "Scholars" los consideran una primera serie completa*.

Entre los enigmas que los sonetos ofrecen está, como antes se indica, el de que constituyan o no un poema y hayan sido o no inspirados por una sola persona. Es evidente que muchos de los sonetos están dirigidos a una mujer y muchos más a un hombre. Pero los hay también en que no existe siquiera la indicación del sexo. En inglés los adjetivos no tienen género, y el artículo que se antepone a los nombres es común como lo es el nombre mismo. Al hacer la traducción ha sido necesario conservar en el caso, esta indeterminación del género, lo que ha obligado a vencer no pocas dificultades, en que no se han parado los traductores españoles, así como tampoco los franceses o italianos. Si el autor de esta versión poética no la hubiera vencido con eficacia, habría tenido la preocupación de hacerlo, por lo menos, lo que lo ha llevado a resolver el punto como queda indicado, en cuanto a la cuestión gramatical se refiere.

* Lo propio cabe decir respecto a esta segunda serie, en que existe también el desarrollo de un mismo pensamiento: en la primera, el poeta incita a la persona a quien están dedicados los sonetos a que se case para inmortalizarse; en esta le ofrece la inmortalidad por obra de su propio amor y de sus propios versos.